

¡YO TAMBIEN PUEDO!

* José Ramón, un padre de familia del barrio de San Blas, de Madrid, tiene cinco hijos, y el piso les queda estrecho.

A pesar de que su trabajo le deja poco tiempo libre, forma parte de un grupo de matrimonios que se reúne semanalmente para rezar, revisar su vida, hablar de Jesús y de lo que les exige el ser cristianos en un barrio con tantos problemas. Por eso en su casa nunca son siete a comer, siempre se acerca alguien que sabe que no estorba, aunque no esté muy limpio porque no tiene donde lavarse. Nunca ha temido complicarse la vida por ayudar a los más pobres del barrio, aunque en muchas ocasiones ya se la hayan complicado, y mucho. Confiesa que quiere mucho a sus hijos, ¿cómo no los va a querer'?, pero no puede permitir la injusticia de ofrecerles de todo mientras hay gente que carece de lo necesario...

* Martha, ejerce como enfermera en un hospital de Barcelona. Dudó mucho si estudiaría medicina o enfermería. En un principio tenía claro que quería ser médico, una profesión que le agradaba porque quería dedicar su vida a los enfermos, pero después descubrió que, en realidad, los que atendían a los enfermos en la práctica eran los enfermeros. Los médicos no podían dedicarse tanto tiempo a la atención directa de los pacientes, y esto último es lo que ella quería. Plantear su decisión en casa fue causa de discusiones, pues sus padres no podían entender su inclinación por una carrera que daba menos dinero.

Hoy Martha vive feliz, y lo más importante es que hace felices a los enfermos. Cuando entra en una habitación, los pacientes se ven aliviados por su simpatía y su bondad, y los familiares de los enfermos se encuentran siempre a gusto a su lado. Martha ha comprendido que la mejor medicina es la alegría del corazón, y no para de repartirla gratis.

* Es un Hermano educador. No importa su nombre, porque no es lo que más te define. Desde que descubrió que su vocación era la Dedicación de su vida a la educación cristiana de los pobres, no ha dejado de trabajar para conseguirlo. Hoy vive en un pueblo de Asturias, y su jornada laboral no termina nunca, porque constantemente está descubriendo nuevas necesidades en los niños jóvenes a los que se dedica.

Para él, dar clase es sólo una parte de su trabajo, porque en realidad la educación no termina en las cuatro paredes del aula, y hay chicos que solamente en la relación fuera de clase consiguen entender lo que los demás entienden dentro.

Vive feliz, porque es lo que siempre deseó, y porque hacer las cosas con tanta ilusión como él las hace significa que no hay ninguna carga pesada para él. sencillamente está viviendo su vocación.

*Ayer me encontré con Juan Luis: me admira el cambio que ha pegado desde que lo conocí en el colegio, cuando éramos compañeros de clase, aunque yo entonces no me relacionaba apenas con él... Claro, a mí los empujones no me caían bien.

Juan Luis era el típico chico preocupado solamente de sus notas: cuando se trataba de echar una mano a alguien, perder el tiempo por ayudar a los pobres«sufridores», de las matemáticas... o sencillamente salir como pandilla de clase... no se podía contar con él, porque siempre «tenía algo que hacer». No era extraño que al terminar el curso los sobresalientes y las matrículas fueran para él. Si un día en una asignatura sólo conseguía notable, nos gustaba ver cómo se iba al sitio, con cara de pocos amigos y abriendo los ojos desmesuradamente, como diciendo: «¡Qué horror, qué poca nota he sacado!». Aunque sólo fuera por verle la cara, me habría gustado que una vez hubiera suspendido una evaluación: se habría tirado de cabeza por la ventana de clase. Sin embargo, según me contó, al comenzar COU, cuando dejamos de ser compañeros, ocurrió algo distinto: empezó a formar parte de un grupo de chicos que se reunían porque querían dar un auténtico sentido al cristianismo que vivían de forma tan poco comprometedora, y su vida comenzó a cambiar, porque descubrió que él no era el centro de; mundo, y que no podía vivir pensando sólo en sí mismo. Empezó algunas tardes a dar clase a los chicos de un barrio de las afueras, y poco a poco les fue dedicando cada vez más tiempo. En su casa, una casa de “gente-bien” notaron que algo había cambiado, y el cambio se hizo evidente al recibir las notas y ver cómo hablan bajado. Fue el momento más duro, cuando tuvo que optar entre los sobresalientes, las felicitaciones familiares, la fama de buen chico... y la ayuda a gente que le necesitaba realmente.

Hoy estudia Magisterio, una carrera muy sencilla, y muy insegura, pues hay muchos maestros en paro. En el barrio descubrió que esa era su vocación. Sus padres querían que fuese arquitecto, pero pudieron más los pobres, que han hecho de él un hombre entregado a los demás, que ya no tiene como meta las buenas notas, sino la ayuda a los necesitados.